

ALBERTO
DE LA ROCHA

SUMIDERO

algaida



Primera edición: noviembre, 2015

© Alberto de la Rocha, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-337-9

Depósito legal: SE. 1266-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I.....	11
II.....	41
III.....	69
IV.....	123
V.....	147

«La inocencia es inocente no porque rechaza,
sino porque acepta; es inocente, no por ser
impermeable e invulnerable a todo, sino porque
es capaz de aceptarlo todo sin dejar de ser inocente;
es inocente porque lo sabe todo por adelantado,
y por consiguiente nada debe temer».

W. FAULKNER

I

ESTA NOCHE NO HAY LUNA LLENA. AUNQUE SI LA HUBIERA no podría verse, pues está oculta tras el frente de nubes que repta por el cielo y que refleja, duplicándola, la luz del atardecer, una débil claridad púrpura, como carne golpeada. Pero no hay luna llena, ni siquiera al otro lado de estas nubes, de modo que no será su influjo un pretexto para los tres, la tramposa coartada de la que se sirvan. No hay luna llena esta noche: nada se interpone entre ellos y sus actos.

Hoy es el último sábado de agosto, el último sábado del verano. El aire asciende algo fresco del embalse, ahí abajo en el valle, y manifiesta ya la rugosidad propia de la sierra. La pesadumbre por el final del verano se deja sentir en ellos con la cualidad frustrante de la primera juventud, cuando los arranques melancólicos más adolescentes son reprimidos por un aplomo que todavía no está bien armado y tiene algo de pantomima, de aprendizaje de futuras serenidades. Esta tristeza posee profundidad existencial, aunque no sean conscientes de ello, aunque se burlarían

salvajemente si alguno de los tres —el que está fuera del coche o los de dentro— llegara a saber expresarlo.

Sin embargo, la muerte del verano no explica del todo este silencio. Es un silencio avergonzado y furioso, saturado de una violencia informe, que tiene como origen la humillación sufrida unas calles más abajo, en la parte alta del pueblo. Aún no han podido elaborar un canal que encauce esta violencia líquida, que se derrama. Por el momento, todo son tentativas fracasadas de antemano:

—Estas tías son unas hijas de puta —ha dicho con torpeza el que fuma, sentado de copiloto, mientras la punta de su cigarrillo traza una raya sobre la fosforescencia anaranjada del salpicadero.

El que ha salido del coche es el idiota. El antiniebla derecho, innecesariamente prendido, siega sus piernas a la altura de la rótula y hace centellear, como atrapado por un rápido obturador de cine, el chorro entrecortado de orina. El resto de su figura está muy velado por la oscuridad, pese a la radiación negra de los faros contra el alquitrán y a la luminosidad turbia que emanan las farolas del pueblo, no muy lejanas. Así, no pueden identificarse los rasgos del idiota: su corpulencia mansa, la envergadura arácnida de sus manos, sus largas piernas zambas, la inalterable expresión perpleja de su cara, la feliz y dulce simpleza. El chorro todavía no se interrumpe, parece avivarse con las sacudidas.

De reojo, el que conduce vigila cómo el copiloto suelta descuidadamente una larva de ceniza en el cenicero. Detesta que lo haga, que no tire la ceniza por la ventanilla abierta o que no aplaste bien las colillas y humeen,

esa deliberada incuria. Y sabe que lo hace para joderle, para compensar de alguna extraña forma que no tiene coche ni sabe aún conducir, que es el más bajo de los tres y que no siempre lo consideran el más guapo. Por eso también el que fuma ha insultado hace un instante a las chicas: está todo el rato compensando. Pero el que conduce no le dirá nada. El que conduce es un cobarde. Y aunque odia casi todas las cosas que hace su amigo (y este lo sabe y por esa razón las continúa haciendo) no le dice nunca nada. Llevan el verano entero así, día tras día.

Propagándose en la noche con una lentitud submarina, las campanas de la torre de la iglesia suenan dos pares de veces, dos cuartos, las diez y media. El valle queda cubierto durante unos segundos por este grave manto metálico. Con obediencia de monaguillo, el idiota reacciona a las campanadas subiéndose la cremallera del pantalón y volviendo su sonrisa estólida hacia los faros del coche, que alumbran la desnudez excesiva y obscena de sus encías, donde brillan unos dientes equinos. Estirando los brazos, hace equilibrios sobre el crepitante balastro de la cuneta y alza la barbilla hacia las nubes que se adensan en el cielo. Cuando entra al coche no se le ocurre otra cosa que comentar:

—Han dicho en la tele que hoy se podrían ver estrellas fugaces. Pues con estos nubarrones va a estar difícil, ¿eh?

Ante la evidencia de que solo a ellos dos les ha afectado la humillación de las chicas (excluido el idiota por su propio peso), al que fuma y al que conduce no les cuesta desoír su comentario. Pero por fin se ha roto el silencio

furioso y avergonzado. El que conduce, sin dejar de mirar al frente, dice:

—Tal vez deberíamos irnos.

—No —replica de inmediato el que fuma, y afirma su postura apagando el cigarrillo de un manotazo y levantando una nube de ceniza.

El dueño del coche contempla el cenicero repleto y, con inusual valentía, insiste:

—No teníamos que haber venido.

El otro, viendo cuestionado su liderazgo, da un salto sobre el asiento y espeta:

—¿Y por qué hostias no teníamos que haber venido? A ver.

El que conduce, que ya no se va a atrever a decir una palabra más al respecto, se limita a tirar del freno de mano un punto más. Así, indirectamente, remarca que su amigo no sabe conducir.

—¿Por qué no teníamos que haber venido? ¿Me lo puedes decir? Esas dos hijas de puta no son las únicas tías del pueblo. Acuérdate de esta tarde en la piscina. Había... yo qué sé, había por lo menos diez que estaban bien. ¿O no?

Este razonamiento despierta en sus cabezas —también en la del idiota— una serie de imágenes fascinantes, sinuosas chicas en bikini que se doblan ante sus ojos como llamas danzantes: vientres temblando de frío al salir del agua clorada, caderas puntiagudas abultando la piel brillante y bronceada de una cintura, finos tobillos con pulseras, audaces tatuajes en la llanura carnosa de los omoplatos, pechos apuntando su cúspide bajo la tela empapada, los de-

liciosos hoyuelos del final de la espalda, nucas, ombligos y la inigualable palidez de la cara interna de los muslos. El deseo de los tres, que a su edad es casi siempre una forma de la frustración, se alía con la humillación sufrida y con el final del verano y se agita en el interior del coche como un inestable líquido explosivo. El que fuma añade argumentos:

—Hoy es sábado. Es temprano. ¡Todavía estamos en verano, joder! Y el pueblo está lleno de tías. —Saca el brazo por la ventanilla y señala las casas. Los tres fijan la mirada como ante un espejismo—. Tías que nos están esperando. ¡Ahí! ¡Hostia!

—Es-pe-rán-do-nos —repite el idiota, obnubilado, fanático.

—Sí, esperándonos, ¿por qué no? Y vamos a bajar.

El que conduce pisa embrague, mete primera y la dirección asistida multiplica la fuerza de sus brazos girando el volante. La maniobra de dar la vuelta en la estrecha carretera es realizada con mucha menor soltura de la que querría, y por un instante le regresa el miedo a que se le cale el motor, la inseguridad de la autoescuela. Pero una vez enfilado el morro hacia el pueblo, el acelerón es aplicado con firmeza y su combinación perfecta con el embrague produce una briosa salida. El turbocompresor lanza un agudo silbido y los antinieblas barren el firme de lado a lado. El aire fresco que entra a borbotones por las ventanillas les revuelve el pelo.

Una amplia curva ciñe el contorno del pueblo y lo separa del terreno inundable que rodea al embalse. Aunque en su veloz marcha no divisan las aguas, se percibe en

la piel la ingente masa agazapada, la fuerza gravitatoria de tantas toneladas en reposo. Lo mismo sucede con las cumbres montañosas que definen el valle: su presencia se nota en la oscuridad creciente de la noche. Dentro de este doble campo magnético, el coche se mueve con aparente libertad.

Abandonan la carretera que los sacaría del pueblo y toman una calle acotada por dos hileras de casas pareadas. Como un reflector antiaéreo, las luces de cruce rastrean sin detenerse en los huecos de las ventanas, en su mayoría cerrados por los postigos de metal que en invierno repele-rán la nieve. El pavimento lo forman amplios rectángulos de adoquines, que son atravesados cada tanto por bandas de granito. Los anchos neumáticos de perfil bajo generan un tableteo que es absorbido por los amortiguadores con un ruido afelpado y gaseoso. Los haces verdes que las farolas cuelan en el habitáculo imprimen a las sombras de los tres una rotación fantasmal, repetida una y otra vez, que se desliza por la tapicería como un interminable convoy de vagones.

El que fuma va a encender un cigarro con el mechero del coche, aunque tiene el suyo en el bolsillo. Cuando el dispositivo salta con un chasquido, hacen su entrada en la plaza mayor, desierta salvo por un grupo de niños. La resistencia, al rojo vivo, proyecta un viso siniestro en su rostro, sus mejillas se hunden por la ansiosa calada y se llenan de penumbra, como las cuencas de sus ojos. La esfera del reloj del ayuntamiento copia a la luna llena que hoy no saldrá (y que de todos modos no podría verse). Se oye al idiota tararear una canción.